

# Cultura participativa, la participación transformadora<sup>1</sup>

PEPE SUÁREZ

## Introducción

**I**niciamos la reflexión sobre algunos aspectos que nos parecen importantes de la cultura participativa. Esta cultura aparece hoy adulterada, prostituida y manipulada en la vida pública. De hecho, no existe ningún ámbito en que se enseñe ni se motive a ella.

---

<sup>1</sup> Este texto forma parte de los materiales que Pepe Suárez pensaba utilizar para su intervención en la Escuela de Formación Sociopolítica y Fe Cristiana, prevista para el 22 de febrero de 2022 y que finalmente no pudo llevar a cabo debido al deterioro de su salud. Poco después, el 10 de marzo del mismo año, falleció en Las Palmas de Gran Canaria. Como ha estudiado recientemente Antonio Quintana en su biografía *Pepe Suárez. Soñador y constructor de fraternidad* (2023), el autor fue desde los años setenta del pasado siglo un militante cristiano que promovió la democracia de base y el asamblearismo en movimientos sociales, sindicatos y partidos políticos de Canarias. Su influencia durante la Transición en las Islas fue decisiva. El que fuera promotor de la HOAC en Gran Canaria coordinó la Escuela de Formación Socio-Política y Fe Cristiana del ISTIC durante más de una década. El lector podrá constatar en estos materiales la continuidad y coherencia de su trayectoria militante. Lo que en los años setenta y ochenta llamaban los cristianos comprometidos en política “autogestión”, lo designa ahora como “cultura participativa” a la luz del pensamiento social del Papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti*. Por el agudo análisis que realiza sobre el significado de la participación de los ciudadanos en la política y del desinterés creciente generalizado hacia la “res pública”, este boceto de conferencia nos parece de gran actualidad y relevancia. Agradecemos por ello a su esposa, Isabel Pérez, el envío del texto para su difusión en *Almogaren*. Este número incluye además una reseña de la biografía citada de Antonio Quintana (*Nota de A. Paneque y D. Barreto*).

La participación es un asunto central y de actualidad en el debate político, civil, profesional y académico. Democracia, ciudadanía, pluralismo e interdependencia, son conceptos inseparables en nuestras sociedades. Hoy no valen los viejos métodos ni recursos y, en muchos casos, es necesario reconocer, aceptar e integrar la complejidad social, como un elemento inseparable del proceso participativo.

## 1. DEMOCRACIA Y PARTICIPACIÓN

La construcción de la ciudadanía y el rol de los gobiernos locales (cercaños) es un desafío colectivo. Los políticos elegidos democráticamente tienen la responsabilidad de la decisión de los proyectos públicos; pero las organizaciones sociales y los grupos, las familias, los ciudadanos en fin, tienen el derecho y el deber de exigir que se tomen en cuenta, se debatan y se negocien sus críticas, sus demandas y sus propuestas formalizadas y viables.

Se hace necesario compatibilizar la “democracia representativa” con nuevas formas de democracia participativa, más directa, es decir con alternativas que den “voz y rostro” a la ciudadanía plural y fortalezcan una democracia que conciba a los ciudadanos con capacidad y responsabilidad para intervenir en los asuntos públicos.

La democracia es algo más que participar en las elecciones o la afiliación a una asociación o partido. La democracia verdadera necesita: a) instituciones permeables y transparentes a los ciudadanos; b) una sociedad civil despierta y con posibilidades de ejercer control e influencia y c) la existencia de mecanismos dinámicos, diversos y flexibles de participación real.

La complejidad de la sociedad actual conlleva la redefinición de los papeles de los distintos sectores que la componen. Supone el conocimiento de los actores sociales (ciudadanos y redes asociativas, políticos y gobernantes, técnicos y grupos de interés económico), y se orienta a generar liderazgos compartidos, sin confundir los diferentes papeles, responsabilidades y derechos de los políticos, técnicos y ciudadanos.

La participación ciudadana hace referencia a espacios inclusivos donde los ciudadanos y ciudadanas forman parte del proceso de toma de decisiones en las esferas públicas, además de ejercer un control sobre los presupuestos y la ejecución de los proyectos.

Resumiendo, el objetivo de la participación ciudadana es lograr una sociedad más democrática, incluyente y representativa de todos los ciudadanos. Re-

clama que se garanticen procesos justos y efectivos de transparencia y rendición de cuentas. En una sociedad compleja y con cambios, puede llevar a una búsqueda de nuevas formas de participación que promuevan un ambiente más representativo de la sociedad.

Sin embargo, se observa en nuestro tiempo poco interés por la participación ciudadana o por la organización solidaria. Las zonas más vulnerables de la sociedad han llegado a la conclusión de que su voz y sus propuestas no importan. Si exceptuamos algunos momentos “focales”, la ciudadanía se siente débil políticamente para pedir o hacer cualquier cambio social, económico o político y entiende que su participación en lo público no interesa a los poderes. La realidad es que en las escasas ocasiones que se invita al pueblo a participar, se hace sobre cuestiones de poca relevancia, una mera consulta o se le invita a votar a unos candidatos marcados en el espacio de una lista cerrada.

La primacía del poder y las directrices del Estado han hecho al pueblo desinteresarse por la participación en lo público. *“No resulta desatinado suponer que el descrédito de la clase política... la falta de transparencia en la vida partidaria, hayan colaborado en este aumento de la falta de interés y de aceptación de las propuestas políticas existentes”* (Jackisch).

Los cauces de participación han perdido valor. Según un sondeo del periódico El País (13.10.21), los partidos políticos, los sindicatos y la Iglesia misma, todas ellas instituciones llamadas a la participación, son las que generan actualmente menos confianza. No parecen ser las leyes y las instituciones públicas las que “necesiten” a los ciudadanos hoy.

## 2. TIPOS DE PARTICIPACIÓN

Nuria Cunill habla de cuatro niveles: 1) Participación social: en la esfera de lo privado. Los ciudadanos se relacionan individualmente con otras instituciones y la organización es mínima; 2) Participación comunitaria, habla de desarrollo comunitario y pide un cierto nivel de organización; 3) Participación ciudadana, las personas se agrupan y organizan para intervenir en asuntos de la esfera pública. Necesita un mayor grado de organización e integración, y 4) Participación política, que implica la toma de conciencia de los intereses públicos o comunes desde la sociedad civil organizada.

En la categoría de la participación ciudadana se agrupa toda *intervención de los ciudadanos en la esfera pública, en función de intereses sociales y de carácter particular*, puesto que la ciudadanía se organiza para participar en decisiones públicas, mediante la incidencia indirecta (campañas de movilización,

alianzas...) o directas sobre los legisladores a través de los mecanismos previstos por el Estado (propuestas de Ley, firmas...).

### 3. IMPLICACIONES DE LA CULTURA DE LA PARTICIPACIÓN

Empecemos por modificar la idea que el pueblo tiene del Estado y dejar de verlo como el Leviatán que desde lo alto más o menos despóticamente, ejerce el poder sobre la ciudadanía. Este cambio nos llevará a “buscar poder para” e implica querer, poder y saber. La participación como proceso necesita poder contestar al para qué, cómo, cuánto y cuándo o con quiénes. La construcción de la cultura participativa, como proceso, implica: 1) *Querer*, es decir partir de la toma de conciencia de los problemas ciudadanos y de los factores que los explican; 2) *Saber*, es decir, reconocerse con capacidades y comprometerse para transformar la realidad, y 3) *Poder*, es decir crear contextos favorables a la creatividad y la innovación y cauces para encaminarlas.

Con estas tres condiciones la comunidad pasa a ser protagonista del cambio y sujeto de acción *formando una nueva sociedad basada en el servicio a los demás, más que en el deseo de dominar; una sociedad basada en compartir, más que en la lucha egoísta de cada uno por la mayor riqueza posible; una sociedad en la que el valor de estar juntos como seres humanos es definitivamente más importante que la familia, la nación, la raza o la cultura, porque una verdadera paz solo puede lograrse cuando todos luchamos por la justicia a través del diálogo, persiguiendo la reconciliación y el desarrollo mutuo* (Fratelli Tutti 214).

Resumiendo, debemos transformar nuestra visión: del Estado, dejar de concebirlo como el todopoderoso; de la caridad, para mirar a la realidad, buscando el cambio de las condiciones que perpetúan el sufrimiento y la miseria; y de las condiciones estructurales que mantienen a las mayorías en ese sufrimiento y miseria.

### 4. PASOS HACIA UNA CULTURA PARTICIPATIVA

Decía Aristóteles que *no existe hombre de pleno derecho en la sociedad si no está implicado en el espacio de lo público*. En principio, cuando se sustituye la pasividad por la participación, se les da a las personas la oportunidad de ampliar conocimientos y perfeccionar sus competencias, decía Rovirosa.

La participación se verifica en un lugar histórico concreto y uno de sus rasgos más significativos es que ayude al desarrollo de las personas para que logren hacer del espacio vital una morada donde habitar y construir la casa común. En este sentido, para la cultura de la participación, ésta es un bien en sí mismo.

La participación nace en la decisión de cada persona, pero lejos de cerrarse en el espacio de lo individual (como ocurre con muchos reclamos neoliberales falsamente participativos) comparte y se desarrolla de manera procesual con los otros, se abre desde el dinamismo de la realidad personal. Esta apertura no es opcional sino constitutiva de la cultura participativa (Aranguren), pues la participación transformadora tiene un sujeto colectivo que es el pueblo. Cuando la participación es social (y de otra manera se empequeñece mucho) impulsa a la construcción de la *civitas colectiva*, capacitando para ajustar de forma positiva la convivencia de todos con todos.

La información es lo primero, y también es su problema. Los medios de comunicación son cada vez más poderosos, pero en el ámbito de lo público, la información, que casi siempre es unidireccional, llega tergiversada y apenas hay espacios para que el pueblo piense, se organice, tenga voz y participe. Los poderes, públicos y privados se han convertido en un “atrápalo todo”. Esta sociedad atrápalo todo, con una economía que tiene como característica el descarte y la desigualdad (*Evangelii Gaudium* 53), ha optado por un modelo de gobernanza que en la práctica, excluye la participación ciudadana. Ni la desea ni se fía de ella.

El concepto “participación” es hoy instrumentalizado por múltiples instituciones (por ejemplo, las llamadas y mensajes a los medios de comunicación, las consultas ciudadanas...) que hacen creer a la ciudadanía que su voz se escucha y así “participa”. Ese bombardeo de *participación artificial* nos coloca ante un problema no solo de cauces y cantidad sino sobre todo de calidad participativa y de olvido de los valores sustantivos de la participación social y política.

Las consecuencias son que el modelo predominante de ciudadanía es el que ha implantado el neoliberalismo: a saber, la ciudadanía pasiva, que deja el uso exclusivo de lo público a lo “estable”, a lo institucional. La ciudadanía activa no tiene cabida en la sociedad actual.

El ciudadano es “cliente” del Estado en el aspecto social, y recibe determinados servicios a cambio de que apoye al poder. El ciudadano es consumidor a nivel económico. El que no consume no cuenta. El ciudadano es elector en lo político. Lo importante es su voto cada cierto tiempo y sin control hasta las próximas elecciones. ¿Y en la Iglesia? ¿Se permite un nivel de participación similar al que reclamamos en el ámbito sociopolítico? Creemos que no. El tipo de ciudadano que se promueve desde esta visión está alejado del ideal participativo. En su adhesión a la ideología neoliberal imperante, le parece más fácil comprender los propios intereses que el bien común.

Como consecuencia, tenemos una categoría de ciudadanos ligados ante todo al interés de los individuos y una actividad política o una participación pú-

blica que se desincentivan al tiempo que se profesionalizan. Según la versión neoliberal, el control democrático queda ligado a la existencia de elecciones en las que los individuos, armados de sus propios intereses y mejor o peor informados, eligen entre los productos políticos en competición. Esta comprensión de la ciudadanía no necesita de su participación, solo recomienda un prudente equilibrio entre “participación y apatía”, como una fórmula al tiempo “barata” y eficiente de gestión del gobierno y del poder.

## 5. LA CULTURA PARTICIPATIVA

Con la cultura neoliberal, el pueblo se desinteresa por lo público y se encierra en el caparazón del individualismo. Predominan la apatía y la desidia. La política es “cosa de otros”, de los políticos y de los partidos, de los que, además, se dice que “son todos iguales” y por eso no vale la pena el esfuerzo. Ahora bien, el Papa Francisco dice otra cosa muy distinta en *Fratelli Tutti*: *La caridad impulsa a crear instituciones más sanas, regulaciones más justas, estructuras más solidarias. De ahí que sea un acto de caridad igualmente indispensable el esfuerzo dirigido a organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo no tenga que padecer la miseria, y califica la acción política justa como un modo altísimo de la caridad* (186).

En esta encíclica se convoca a la acción, a la participación y se condenan *las estrategias de contención de la pobreza que tranquilizan y convierten a los pobres en seres domesticados e inofensivos. Lo que se necesita es que haya diversos cauces de expresión y de participación social..., para que cada ser humano pueda ser artífice de su destino, pues el principio de subsidiariedad es inseparable del principio de solidaridad* (187).

Así la participación social se rebela contra la injusticia social en un proceso *de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de las tres T (trabajo - tierra - techo) y también en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, nacionales, regionales y mundiales ¡No se achiquen! ...pero un cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes del corazón a la larga o a la corta, termina por burocratizarse, corromperse y sucumbir* (Discurso de Francisco en el Segundo Encuentro mundial de los Movimientos Populares, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 9 de julio de 2015).

La cultura participativa significa tomar parte de algo con otros; lleva a repartir o entrar activamente en la distribución de responsabilidades y compromisos, significa actuar por el bien común. La cultura participativa tiene tres acepciones:

- a) Ser parte de, en el sentido de pertenecer, *ser integrante; tener parte*. Es el sustrato que nos configura como una cultura de la que formamos parte, nos permite tomar conciencia de que pertenecemos a una determinada comunidad, barrio, país, habla, costumbres etc. En este sentido, la participación es el acto que nos hace tomar conciencia de nuestra pertenencia, el lugar que dota al ser de arraigo y pertenencia (García Roca 2004).
- b) El sentirnos parte lleva a asumir un rol en el desempeño de acciones determinadas: tomar parte, entendido como influir a partir de la acción. Aspectos que, respectivamente, hacen referencia a la pertenencia, la cooperación y la pertinencia (Rovirosa)
- c) En una sociedad fragmentada como la que vivimos, el cuerpo social está tan deshecho que *es posible que nos estemos acercando al fin de lo social* (Touraine). *Hemos pasado de un mundo en donde predominaban las divisiones ideológicas y se precisaba un debate continuo, a otro donde las divisiones son sobre todo por identidades* (Amin Maalouf). En aquella, la confrontación era en la variable económica-política, mientras que ahora lo que queremos es “expulsar a los otros para vivir nosotros”. Somos capaces de organizarnos frente a los inmigrantes, con distintas variantes xenófobas o para que los sin techo no habiten en nuestros barrios y exigimos cada vez más medidas de seguridad ante el diferente, por el hecho de ser diferente.

Desde la reflexión en la cultura participativa, algo nos dice que estamos asistiendo al nacimiento de nuevos sujetos culturales, que ven, en su ceguera moral y su miedo tribal, al otro como un peligro. Aquí el modelo de participación gira sobre su propia órbita identitaria y particular convertida en círculo vicioso. Desde la cultura participativa, luchamos por un sujeto cultural mestizo, capaz de moverse en una órbita aglutinante de tradiciones diversas, que ve a los otros también como sujetos capaces de generar reflexión, autocrítica y pensamiento propositivo para ejercer su papel de ciudadanos, *contando con las características específicas del momento en que vivimos* (Aranguren). En concreto:

1. Tomar parte. La participación se modela igualmente en la ejecución de decisiones libremente elegidas. Es la intervención en asuntos que nos afectan como seres humanos, como trabajadores, como padres o madres, estudiantes, jóvenes y niños, como estudiantes, como consumidores..., como personas que vivimos en una situación y en unos contextos concretos. Tomar parte es incorporarse activamente a algo que se siente como propio.

2. Partir con. La participación social contiene un momento de ensanche de los ámbitos de cooperación propios. Nos “embarcamos con” y abrimos el espacio a la participación libremente elegida a otras personas y grupos. La participación es mejor cuantas más voluntades pueda acoger.
3. La cultura participativa abre un “reparto” en el campo de juego de la cooperación solidaria, para que no quede ésta en manos de unos cuantos “elegidos y en estado puro”. La cultura participativa hace habitable la pluralidad y la diversidad, abre caminos de partida con otros, en definitiva de inclusión y desarrollo social.

Ahora bien, si observamos la realidad veremos que hoy la participación se mueve básicamente en la ola del “ser parte”, lo que nos lleva a confrontaciones de carácter tribal, identitario. El reto de una verdadera cultura participativa radica en estimular y entrenar las dos últimas acepciones de participación (tomar parte y partir con) que ensanchan la conciencia como miembros de una comunidad, que van más allá de este barrio o este país, de esta religión o cultura, de esta plataforma o de este movimiento social.

## 6. LA CULTURA PARTICIPATIVA: REFERENTES

A nuestro entender, la cultura participativa tiene unos referentes insustituibles:

1. Construir vínculos de interdependencia. El destino de los otros es responsabilidad mía, es parte de mi destino. *Nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga y nos ayude. Que nos ayudemos los unos a los otros a mirar hacia delante... Los sueños solo se construyen juntos* (Fratelli Tutti 8).

Caín acaba de asesinar a su hermano: ¿acaso soy yo guardián de mi hermano? Lo importante para Dios es saber ¿dónde está tu hermano? Caín mata a su hermano para desvincularse de él. No había vínculo de interdependencia. Cuando somos responsables del otro, entramos en el nosotros. Como decía Imanol Zubero: *la participación de verdad existe cuando podemos responder a la pregunta de dónde está tu hermano.*

2. La cultura participativa siempre debe ser transformadora. No es para que todo quede como está. En realidad, si no hace falta cambiar nada ¿para qué nos organizamos?

*¿Reconocemos que las cosas no andan bien cuando estallan tantas guerras sin sentido y la violencia fratricida se adueña hasta de nuestros barrios?..., se ha impuesto la lógica de la ganancias a cualquier costo sin pensar en la ex-*



*clusión social o la destrucción de la naturaleza... Queremos un cambio, un cambio real, un cambio de estructuras..., porque hoy la interdependencia planetaria requiere respuestas globales a los problemas locales... Un cambio de estructuras que no viene acompañado de una sincera conversión de las actitudes y del corazón termina a la larga o a la corta por burocratizarse, corromperse y sucumbir* (Discurso de Francisco en el Encuentro mundial de Movimientos Populares, Bolivia 2015).

En la época neoliberal hay un grave problema en cuando a la participación: participamos pocos y participamos poco. Una parte de la ciudadanía participa solamente en tareas asistencialistas. A veces no quedará otro remedio que hacerlo, pero ahí seguimos siendo parte del problema y no de las soluciones.

*Si alguien cree que solo se trata de hacer funcionar mejor lo que ya hacíamos y que el único mensaje es mejorar lo existente, está negando la realidad* (Fratelli Tutti 7)

La inequidad es raíz de los males sociales (Evangeli Gaudium 202) Por eso, *el futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio* (Discurso de Francisco a los Movimientos Populares, Bolivia 2015).

## **7. DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN TRANSFORMADORA**

En una época en que muchas personas dicen: “con lo complicado que están las cosas bastante hago con lo que estoy haciendo”, me conformo casi con “seguir viviendo”. Sin embargo, es necesario afrontar la participación con plena conciencia de autocrítica, sin miedo, sin convertirla en un ejercicio de pesimismo; con voluntad de convertirla en energía creadora.

No nos conformamos con participar, con hacer, con existir, ni siquiera con resistir; para tener sentido, todo esto debe ser un medio para lograr la transformación de nuestra realidad. La cultura de participación es una cultura transformadora, con varios ámbitos de transformación:

- a) Transformar la propia forma de hacer como organización, sus procesos y sus medidas de acción y generar una práctica que desemboque en la eficacia.
- b) Transformar a los sujetos que participan.
- c) Transformar el objeto sobre el que se participa.

d) Transformar el entorno sobre el que se actúa.

Esto nos lleva a pensar que nuestra participación no debe limitarse a actuar al “final de la cañería”. Es decir, no se trata solo de proponer medidas propias de un quehacer superficial, sino de actuar en el fondo de los problemas, atendiendo a las causas de los mismos.

e) La cultura participativa es una cuestión ética y, como tal, es transformadora. Es un modo de hacer el bien común. En este sentido, decimos, la participación ciudadana debe levantar la cabeza del inmediatismo y pensar también a largo plazo.

La cultura participativa se nutre de:

- La conciencia de que todos formamos un solo cuerpo (una sola especie, una sola familia) y somos responsables de lo que nos rodea.
- La participación que queremos es la que nos capacita para vivir como seres morales.
- Lo público, lo común es lo fundamental en la participación transformadora.
- La conciencia ética de la comunidad humana solo es real si respondemos positivamente a la pregunta de Dios a Caín: “Sí, soy guardián de mi hermano”. La comunidad humana empieza cuando nos hacemos esa pregunta.

Somos conscientes de que en muchas ocasiones la participación sufre rebajas, se convierte en un constructo de dominio, y sufrimos un bombardeo de demandas de participación que da como resultado una escasa participación verdadera.

Tengamos conciencia de que todos estamos llamados al cambio y formamos una misma familia: *“Ustedes son sembradores de cambio..., motivados por el amor fraterno que se rebela contra la injusticia social... Cuando miramos el rostro de los que sufren..., cuando recordamos esos rostros y esos nombres se nos estremecen las entrañas..., esta emoción hecha acción comunitaria... Ustedes que viven cada día empapados en el nudo de la tormenta humana..., tienen unas tareas hacia una alternativa humana frente a la globalización de la indiferencia:* 1. Poner la economía al servicio de los pueblos; 2. Construir la paz y la justicia; 3. Defender la Madre Tierra...” (Papa Francisco, Bolivia, 2015)

La cultura de la participación nos convoca para una tarea: *“Construir puentes que nos permitan derribar los muros de la exclusión y la explotación”* (Idem).

## 8. OPCIÓN POR LA PARTICIPACIÓN TRANSFORMADORA

Varios motivos nos impulsan a ello:

- Porque la legitimidad de la democracia no descansa solo en las elecciones, sino en la participación en y por lo público.
- Porque una mayoría de la ciudadanía ve la participación como “estar presente”, pero no como un instrumento político.
- Existe un rechazo de los que están en el poder a la participación ciudadana crítica y organizada, por eso la frenan y dificultan los cauces.
- Urge conocer diversas experiencias de acción ciudadana transformadora en los diversos frentes como barrios, comunidades de vecinos, sindicatos, centros de estudio y difusión cultural, sectores profesionales, asociaciones sociales y sociopolíticas...
- Hay que ayudar a las personas y colectivos a ir de menos a más con la formación que se precise en cada momento.

Esta formación necesaria tiene un contenido preciso. Debe ayudar al conocimiento dinámico de la sociedad en que vivimos, al conocimiento de los lazos económicos que la controlan, al conocimiento de los medios de comunicación y el manejo de las redes y tecnologías de la comunicación, a la gestión de los problemas institucionales, y a desarrollar capacidades para el diálogo, la resolución de conflictos, la participación y asertividad, el refuerzo de la autoestima, entre otros, para favorecer cada vez más el empoderamiento de la ciudadanía.

Llegados a este punto nos preguntamos:

a) ¿cabe una participación transformadora despolitizada? A este interrogante responderemos que no. Ni siquiera en el caso de las ONG, porque si exceptuamos la tarea exclusivamente asistencialista, la acción social se caracteriza por su contribución a la transformación social. Si hay déficit transformador, las cosas no cambian y las personas no se liberan de sus situaciones.

La tarea transformadora no tiene por qué ser partidaria, pero sí tener su ideología. El objetivo no es cambiar por cambiar, sino cambiar para mejorar. Somos por lo que hacemos: ¿a quién o quiénes sirve nuestro trabajo? Ahí entra de lleno el compromiso ético. La voluntad transformadora propia debe ayudar a que cada vez más gente se desbloquee ideológicamente de pensamientos como el “esto no hay quien lo cambie”, “los de ahora son igual o peor que los de antes”, “siempre ha habido desigualdad, ricos y pobres” o “cada uno va a lo suyo...”.

Algunos siguen repitiendo que la acción humanitaria no tiene que ser transformadora, ni tener una visión política del mundo, de manera que su función debe ser socorrer a los que lo necesitan, apoyarlos. Esto se dice también en muchos ámbitos cristianos: “Dejemos que el humanitarismo sea humanitarismo. Dejemos que salve algunas vidas...”.

Lo malo es que *la compasión no basta* (Fisas), y el asistencialismo como principio ético hará que las situaciones injustas se perpetúen. No habrá nadie que no resuelva de un plumazo la alternativa formulada en términos de “la caña o el pez”. Desde la ética de la cultura participativa y transformadora diremos que queremos “la caña y el pez” e incluso más, los derechos a legislar sobre “la pesca y hasta las pescaderías” (Zubero).

b) ¿es posible la acción transformadora en solitario? La respuesta es No. El reto de la coordinación se impone. Es necesario fomentar la cultura de red. Hoy sumar es más fácil, porque las TIC y el nuevo entorno digital ofrecen múltiples recursos. Si formamos un tejido asociativo auténticamente reticular (en red), cada organización se convierte en un nodo especializado y cooperativo que no compete, sino que descubre lo específico que puede aportar a la transformación social.

Hay que trabajar mucho todavía, pues no parece fácil pasar del “ideal-red a la realidad-red”. El espíritu competitivo de esta sociedad neoliberal que nos conduce al “sálvese quien pueda” impregna muchas de nuestras organizaciones sociales y hasta religiosas. Recuperemos el espíritu asociativo si queremos ser transformadores de la sociedad, para sinergizar, compartir, cooperar, hacer cultura en red. Toda reflexión, conversión y acción, de la cultura de la participación debe garantizar que ésta sea ética, eficaz y transformadora.

Pensamientos inspiradores finales:

***Yo estaba sin trabajo y ustedes los poderosos, viajaron al espacio. Yo estaba alejado de participar en la historia.***

***Yo estaba sin trabajo y ustedes no se interesaron por atenderme. Yo estaba entre los excluidos.***

***Yo estaba sin trabajo y ustedes organizaron una comisión de estudios. Yo no tenía nada que decir ahí.***

***Yo estaba sin trabajo y ustedes me dijeron “haz una solicitud”. Pasaron los meses y nadie contestó.***

***Yo estaba excluido de toda participación pública***  
(Giner).

***Participar es ejercer ese poder de tomar decisiones, actuar y transformar la realidad.***  
(Burin).

***No siempre es lo mismo ser un buen hombre y un buen ciudadano.***  
(Aristóteles).